



*El regalo, 1938 / Gouache sobre papel, 105 x 75 cm.*

## No hay edad para rejuvenecer

Guillermo Samperio\*

El adolescente Rodolfo subió hasta la azotea, cargando una palangana amarilla con ropa húmeda, por órdenes de la abuela, para tenderla en los mecates que le tocaban a la familia. Al empujar la oxidada puerta metálica con el hombro, le vino la luz naranja del atardecer; puso los pies sobre la azotea encementada, entrecerrando los ojos, y caminó a la izquierda hasta donde se encontraban los tendederos familiares.

Al bajar la palangana amarilla y enderezarse con dos piezas de ropas húmedas en las manos, descubrió a su abuelo de espaldas, desnudo de pies a cabeza, destendiendo algo semejante a una especie de traje de buzo traslúcido y muy delgado; le pareció de piel humana debido a cierta transparencia rosácea que le daba la iluminación vespertina. Rodolfo observó cómo su abuelo se la vestía

de pies a cabeza; luego, el hombre se puso ropa interior limpia y la de vestir, la de siempre, más sus zapatos bostonianos contrahechos. Rodolfo escuchó una expresión de satisfacción de su abuelo, quien giró con una sonrisa juvenil con el seguro propósito de bajar al departamento. Al ver a su nieto, dijo:

—Hola, mijito.

Rodolfo, aunque le iba a decir una grosería como ya era costumbre en la familia, sin proponérselo, no pudo responderle, ya que las palabras se le atoraron en la parte baja del esófago en forma de flemas como las de su abuelo quien, en no pocas ocasiones, casi había muerto de ahogo...

—Qué pasa, muchacho —insistió el abuelo, sin prestarle auxilio.

Rodolfo no sabía si esa reacción que estaba

padeciendo era el inicio de algo hereditario o se debía a la sorpresa grande de descubrir en su abuelo a su propia persona, otro Rodolfo, exacto, lozano y joven como él, de la misma edad, con pulcra exactitud, como si el abuelo se hubiera convertido en la foto en vivo del muchacho, ante un espejo, y se estuviera viendo en él. Decidió generar un trago de saliva fuerte para que pasaran hacia el estómago esas flemas o las malditas palabras; en medio del esfuerzo de mayor potencia, el cual le ponía sanguíneo el rostro y le tensaba el cuello, lo que estuviera allí dentro no se movía ni un milímetro y se dio cuenta, sobrecogido, que se iba ahogando de verdad, hasta que soltó las piezas de ropa y alargó los brazos hacia su abuelo, quien no dio un paso ni movimiento alguno, mirando a su nieto ahogarse y, como en un proceso de metamorfosis, o quizás a causa de adquirir la esencia enfermiza del viejo, el muchacho se iba transformando en el abuelo y su cuerpo envejecía con rapidez inusitada. De pronto, Rodolfo se derrumbó contra el piso de la azotea hacia su hombro izquierdo, girando con lentitud pecho arriba. Su piel arrugada cobró una tintura entre violeta y morada, la boca abierta, de dientes amarillos y chuecos, como si fuera un grito atravesando un puente oscuro de pánico; el brazo rugoso que tendía hacia el abuelo se desplomó. Entonces, el viejo o, más exacto, el nuevo Rodolfo, el joven, comprendió que su nieto, o él mismo, había fenecido.

Rodolfo —o el abuelo—, recogió las prendas de ropa húmeda que dejó caer el joven, ya fallecido, en una contorsión de boca abierta; las echó en la palangana amarilla, se acercó al tendedero, tendió la ropa, permutó con rapidez su vestidura por la del nieto. Bajó rápido al departamento con la palangana libre, entró y fue hacia la cocina. Se acercó a su esposa y, con la voz aguda de su nieto, dijo:

—Abuela, fíjate que el abuelo se acaba de ahogar en la azotea y por más que le di golpes en la espalda como tú le haces y de darle aire boca a boca, no reaccionó, hasta que me di cuenta de

que se encontraba en los últimos estertores de vida. Le di aire de boca a boca un buen rato y cuando me separé de él, estaba quieto, muy quieto, sin que el pecho se moviera, y supe que se lo había llevado la muerte.

La vieja mujer, entretenida entre vapores y cacerolas en su estufa, dijo:

—Voy a terminar de hacer este caldo y luego subo a verlo. La verdad, mijito, tu abuelo ya era una molestia que nos tenía locos; pregúntale a tu madre, ahora que venga a comer.

Qué bueno que ya estiró la pata. Creo que lo incineraremos, es más barato. Y nos ahorramos el dinero que me dio para comprar un terrenito en el Panteón La Nueva Luz, donde neciaba que lo enterráramos. Nos podemos comprar ropa nueva y una buena televisión, de esas de pantalla grande. Imagínate: ver mis telecomedias y tú las cari-

caturas. A tu madre le encantan las películas.

Rodolfo se acercó al cajón de los cubiertos y sacó el cuchillo más grande, con el que su mujer destazaba la carne y hasta cortaba huesos para que disfrutaran el tuétano. Se acercó a la vieja mujer y dijo:

—Abuela, podrías atarme la agujeta.

Sin voltear, la anciana respondió:

—Ya estás grandecito; no seas flojo...

El adolescente emitió como un quejumbre, típico en él y agregó:

--No seas mala, abue...

Rumorando quién sabe qué, la mujer giró despacio sobre sí misma como una barcaza en un río de aguas lentas.

Cuando la tuvo casi de frente le metió dos rápidas y profundas cuchilladas, saltándole a la mujer los respectivos surtidores de sangre; de forma espontánea se llevó las manos hacia los chorros rojos, intentando detener el líquido que a veces brotaba entre amarillo y blancuzco. Rodolfo le asestó entonces varias cuchilladas en forma de tajos breves, generando ahora rajaduras. La mujerona no supo ya qué chorro tapar y por primera vez miró a su nieto, intentando decirle algo, sin entender cómo su ángel..., pero un brote de sangre le salió por la boca. El joven atacó entonces

**La mujerona no supo ya qué chorro tapar y por primera vez miró a su nieto, intentando decirle algo, sin entender cómo su ángel..., pero un brote de sangre le salió por la boca.**

hacia la zona alta del cuerpo de la mujerona como intentando enterrarle el cuchillo en el corazón. Si pudo lograrlo o no, sería imposible saberlo debido al baño de sangre y a las partes del interior del vientre que ya le colgaban a la mujer; ella trastabilló, metiendo una mano en el caldo hirviendo, pero ya no le importó porque, de pronto se derrumbó hacia adelante, provocando un sonido similar al que haría el viejo refrigerador si de pronto cayera. Rodolfo se acercó a la mujer, le metió el cuchillo debajo del mentón y se lo pasó contra la garganta casi con el afán de desprenderle la cabeza. Era obvio que la mujer ya estaba muerta unos minutos antes. Y el joven se detuvo al fin, pero su cara conservaba aún la rabia, el odio, el resentimiento, el delirio de venganza, que se le fue creando en décadas. Nunca había habido en la cocina tanta sangre, aunque allí murieron no pocos guajolotes y otras veces marranos pequeños.

Rodolfo limpió el cuchillo en las telas de la espalda de la abuela, lo tomó por el lado del metal y agarró una servilleta de la mesa del comedor que estaba preparada para que comieran los cuatro; como era costumbre, la abuela se habría sentado en la cabecera. Se dirigió rápido hacia la azotea: su hija no tardaría en llegar. Colocó varias veces el cuchillo en la mano derecha de su nieto, para impregnarle las huellas táctiles. Bajó de nuevo con el cuchillo agarrado con la servilleta por el lado del metal, fue a su antigua recámara, tomó uno de sus puros con la mano derecha, salió hacia su gramófono y eligió un viejo disco de Caruso, cuya voz hermosa resonó en el departamento; Rodolfo se dirigió luego al comedor, se sentó, mordisqueó la punta del puro, lo encendió con la misma mano, hizo una aspiración potente que originó un brillo intenso de la brasa. Redondeando los labios lanzó tres rosquillas perfectas de humo hacia la cocina y se puso a esperar a su hija. La abuela odiaba los puros y, en especial, las rosquillas. Mientras tanto, con la mano izquierda, su marido sostenía con la servilleta el cuchillo por el mango de madera.

\*Guillermo Samperio (Ciudad de México, 1948). Ha escrito principalmente novela y cuento. Desde hace más de veinte años imparte talleres de creación literaria. Ha tenido cargos directivos, entre otros, en el Instituto Nacional de Bellas Artes y en Difusión Cultural de la Universidad de las Américas. Su obra es abundante y variada. Ha recibido gran cantidad de premios, entre los que destaca el otorgado por Casa de las Américas, en La Habana, 1977, por *Miedo ambiente*. Su obra ha sido antologada en múltiples ediciones nacionales e internacionales y traducida al francés, inglés, rumano y vietnamita. Participa, además, como colaborador en varias revistas y periódicos que gozan de gran prestigio.

el antropólogo Clifford Geertz había detectado a finales de los años 60 en su análisis del Islam en Indonesia y Marruecos). Pero eso no es todo, ya que se ha insistido que el protagonismo se ha hecho sentir gracias al uso del Internet como instrumento de movilización social. Esto mismo se ha venido diciendo en el caso de Irán, pero habría que explicar entonces por qué ha fracasado en el mundo persa, pero no en el norte de África. Sin embargo, de acuerdo con un informe reciente de la Freedom House (<http://www.freedomhouse.org/template.cfm?page=70&release=1398>) Túnez posee una capacidad de conexión pobre y se encuentra en el lugar 81; esto es, en la media de los países con ausencia de libertad en la red (sólo 8 puntos menos que Irán; mientras que Egipto ocupa la posición 53, sólo dos puntos debajo de Paquistán, el último país que goza de una libertad parcial).

Un último aspecto revelante es precisamente los medios o modos de propagación del descontento social. Se habla de *contagio* o “efecto dominó” más allá de la región, en tanto que involucra a todo el mundo árabe, sobre todo si se toman en cuenta las manifestaciones en Yemén y Siria. Pero de nueva cuenta, me parece que hay aquí involucrado un asunto de percepción del resto del mundo que debería tomarse, al menos, con cierta reserva.

En primer lugar, Túnez y Egipto muestran entre sí tantas asimetrías sociológicas (población, influencia social, etcétera) que vuelven improbable —mas no imposible— la direccionalidad de contagio. Además, la proximidad temporal entre la caída de Ben Ali y la de Mubarak no permite establecer relaciones causales estrictas. Y no se requiere ser un fan de Hume para advertir que estamos ante fenómenos sociales más o menos simultáneos cuyo verdadero origen quizá se ha venido fermentando en todo el mundo árabe sin que “los otros”, los occidentales, hayan advertido su sentido y profundidad.

\*Docente-investigador de la UACJ.